



LA TRANSICIÓN RUSA A TRAVÉS DE SUS ÉLITES. UNA APROXIMACIÓN HISTORIOGRÁFICA

The Russian Transition Through his Elites. A Historiographical Approach

Miguel ALONSO IBARRA
Univeristat Autònoma de Barcelona
miguelzgz116@hotmail.com

Fecha de recepción: 28-II-2013
Fecha de aceptación: 9-III-2013

RESUMEN: El objetivo del presente artículo es analizar las diferentes perspectivas historiográficas que se han elaborado en torno al proceso de transición en Rusia. En esta línea, intentaremos abordar, desde una perspectiva global, el debate en torno a quiénes fueron los motores del proceso de cambio político. Así, atenderemos tanto a aquellos planteamientos que defienden que estos fueron la clase política y las élites, es decir, que el proceso fue pilotado «desde arriba», como a aquellos que ponen el acento en los movimientos sociales exógenos al sistema adoptando un enfoque «desde abajo». Del mismo modo, analizaremos los enfoques acerca de las estrategias que adoptaron las élites en su intento por mantener sus cuotas de poder en la construcción de los nuevos estados democráticos, y como estas influyeron en el modo en que el proceso tuvo lugar, así como en la configuración del nuevo escenario político en Rusia y Europa del Este.

Palabras clave: Unión Soviética, Rusia, transición, elites, cambio, continuidad.

ABSTRACT: The main objective of this article is to analyze the different perspectives that have been developed around the Russian transition. In this sense, we will try to tackle, from a global perspective, the debate around who were the driving forces of the process of political change. Thus, we will pay attention to both the approaches maintaining that these driving forces were the elites, that is to say, that the process was driven «from above», and those who focus on social movements exogenous to the system, arguing that the process was driven «from below». At the same time, we will analyze the perspectives dealing with the strategies adopted

by the elites in their effort to maintain their influences in the construction of the new democratic states. Finally, we will study how these strategies influenced both the process itself and the configuration of the new political scenario in Russia and Eastern Europe.

Keywords: Soviet Union, Russia, transition, elites, change, continuity.

INTRODUCCIÓN

«Si queremos que todo siga como está, es necesario que todo cambie»

Giuseppe Tomasi di Lampedusa, *El Gatopardo*

«Debe aceptarse que las antiguas élites desempeñen un papel en la nueva Rusia si se quiere que haya estabilidad política durante la creación de una economía de mercado»

Yegor Gaidar, ex primer ministro ruso¹

El 31 de mayo de 2005 el oligarca ruso Mijaíl Jodorkovski fue condenado a 9 años de prisión, acusado de evasión de impuestos por parte del gobierno ruso. Jodorkovski representaba a toda una nueva generación de hombres de negocios que, tras la disolución de la Unión Soviética y durante el proceso conversión de Rusia en un estado capitalista, habían amasado grandes fortunas aprovechándose de la falta de control que existía sobre los recursos, fundamentalmente económicos, del antiguo estado soviético. Una generación que había adquirido un poder político y económico muy grande en detrimento del estado ruso, algo que el nuevo presidente Vladimir Putin, llegado al Kremlin en 2000, estaba dispuesto a contrarrestar. La ofensiva de Putin contra las fuentes alternativas de poder que cuestionaban la autoridad de Moscú —que incluían los gobernadores regionales, los oligarcas, los partidos políticos muy críticos con el Kremlin y la prensa independiente— no fue fácil, pero logró eliminar a la gran mayoría de ellas, facilitando la centralización del poder en la capital del país y reforzando la autoridad del presidente². Un proceso en el que se generaron todo tipo de fórmulas para desactivar, desacreditar y desprestigiar a los que pugnaban con el liderazgo de Moscú, muchas de las cuales se valieron de una utilización política del sistema judicial. Así, oligarcas como Vladimir Gusinski y Boris Berezovski fueron forzados al exilio so pena de acabar en la cárcel, un destino que sí que aguardó a Mijail Jodorkovski, propietario de la petrolera Yukos, una de las mayores de Rusia.

¹ Citado en Robert SERVICE: *Rusia, experimento con un pueblo: de 1991 a la actualidad*, Madrid, Siglo XXI, 2005, p. 91.

² Olga KRYSHYANOVSKAYA: «The Russian Elite in Transition», *Journal of Communist Studies*, 24-4 (2008), p. 588.

La pugna entre la autoridad presidencial en Moscú y los distintos focos en los que se había atomizado el poder político y económico ruso encerraba –y encierra hoy en día– elementos esenciales para comprender cómo se desarrolló el proceso de cambio político en los primeros años noventa. Basta con atender al caso expuesto de Putin y Jodorkovski para darnos cuenta de lo poco que ha cambiado la estructura del poder en la Rusia democrática respecto al periodo soviético. Jodorkovski había sido un destacado miembro del Komso-mol, la organización juvenil del Partido Comunista de la Unión Soviética y, durante la época de la *perestroika* y el gobierno de Yeltsin, se había convertido en uno de los hombres más ricos y poderosos de Rusia. Del mismo modo, Putin había formado parte activa del entramado del sistema soviético, pues perteneció durante varios años al KGB y, de forma similar a Jodorkovski, había ido ganando influencia durante el mandato de Boris Yeltsin, hasta convertirse, inesperadamente, en su primer ministro en agosto de 1999³. Ambos hombres habían obtenido su influencia y poder durante los primeros años de la recién creada Federación Rusa, y tenían en común que provenían de dentro del sistema soviético que había caído, lo que nos aporta algunas de las claves de cuál fue la naturaleza del proceso de transición ruso. Unas claves que serán el objeto principal de este artículo.

En este sentido, mi interés es ofrecer un recorrido por las distintas perspectivas, enfoques y teorías acerca de la naturaleza del proceso de transición en Rusia. Un proceso que será abordado aquí desde el punto de vista de las élites. Por ello, enfocaré mi estudio en cómo los diversos autores analizan dos elementos centrales en lo que estas respecta. En primer lugar, se prestará atención al análisis de las dinámicas de cambio o continuidad en el seno de las elites, fundamentalmente las económicas y políticas, por cuanto considero que son las que mayor reflejo tienen hoy en día en el Estado y la sociedad rusa. De este modo, al tiempo que se aportará una visión de conjunto en torno a cómo las distintas perspectivas han enfocado el sentido de la tendencia –cambio o continuidad– en el proceso de transición ruso, también me centraré en cómo han sido analizados los mecanismos que las élites han utilizado para adaptarse al nuevo sistema o, por el contrario, que los grupos exógenos han usado para auparse a los puestos dirigentes del mismo. Y en segundo lugar, se abordará una visión de conjunto del proceso atendiendo a dos perspectivas fundamentales en el estudio de los procesos de transición: el enfoque «desde arriba», centrado en las elites como directores únicos e independientes del cambio político, y el enfoque «desde abajo», que apuesta más por los movimientos sociales y su influencia como motor del proceso. En este sentido, pese a que no es uno de los debates más importantes para el caso ruso, he creído importante reflejarlo por cuanto en los últimos años otros procesos de transición han sido repensados y reinterpretados en torno a esta nueva perspectiva⁴.

³ Un buen ensayo acerca de la situación de Rusia en los años de gobierno de Putin en Carlos TAI-BO: *Rusia en la era de Putin*, Madrid, Catarata, 2006.

⁴ Me estoy refiriendo, entre otros, al proceso de cambio político en España. Las visiones «desde arriba» en las que los movimientos sociales jugaron un papel marginal en el devenir del proceso

En definitiva, el objetivo del presente artículo es elaborar una visión de conjunto, a partir de las distintas interpretaciones elaboradas al respecto, del proceso de cambio político en Rusia. O, lo que es lo mismo, determinar, por una parte, si en el contexto de las reformas implantadas por Gorbachov, podemos establecer que las viejas élites soviéticas cedieron el testigo a élites alternativas provenientes de fuera del sistema o, por el contrario, mantuvieron las cuotas de influencia y poder que durante 80 años habían disfrutado. Y, por otra, si el proceso en conjunto estuvo dirigido de manera exclusiva por aquellos que detentaban el poder durante el periodo soviético, esto es, las elites o, si por el contrario, estuvo influenciado y determinado por el modo en que actuaron y se desarrollaron los movimientos sociales surgidos al calor de las reformas políticas de Gorbachov. Por tanto, nuestro interés es alcanzar una comprensión global del proceso que nos ayudará a entender mejor la naturaleza y relevancia de los cambios que hoy en día están operando en la Rusia postsoviética.

LA ESTRUCTURA DE LAS ÉLITES DURANTE LA UNIÓN SOVIÉTICA

El presente trabajo, tal y como se ha expuesto en la introducción, pretende dar una imagen global acerca del proceso de cambio político en Rusia, centrándose en las élites para determinar si, planteando una comparativa entre la etapa soviética y la época de la Federación, pueden establecerse continuidades o cambios en las mismas. Del mismo modo, también será importante definir cuál fue el motor de la transición rusa, si las elites o los movimientos sociales, atendiendo a cómo los diferentes investigadores han abordado la cuestión. Por ello, considero fundamental realizar una primera aproximación al modelo de estructuración de las élites en la etapa soviética, en tanto que podemos descartar cualquier tipo de organización «desde abajo» al estar toda manifestación política o social encuadrada a través del Partido, para así poder comprender mejor las dinámicas de cambio que acontecen durante el periodo de la *perestroika* y establecer las diferentes pautas de comportamiento de las élites frente a los retos que planteaba la disolución de la Unión Soviética.

La estructura de la URSS estaba regida por una clase dirigente cuyo control abarcaba todos los ámbitos de poder existentes, yendo desde la esfera política a la económica, pasando por sectores igualmente importantes como la administración o la cultura. Esta clase dirigente, denominada *nomenklatura*, era unitaria por naturaleza y, del mismo modo que lo hacía sobre todas las áreas de poder del Estado, se extendía sobre todas las

han sido cuestionadas en los últimos años por diversos historiadores. Estos defienden la relevancia de los movimientos sociales en la creación de marcos de oportunidades políticas, que habrían sido aprovechados por las elites para adaptarse al nuevo sistema, con lo que el factor más influyente del proceso quedaría situado en las dinámicas procedentes «desde abajo». Ver, por ejemplo, Xavier DOMENECH: *Cambio político y movimiento obrero bajo el franquismo. Lucha de clases, dictadura y democracia (1939-1977)*, Barcelona, Icaria, 2012.

esferas del Partido y la vida social. Pero su desarrollo no fue unitario durante la larga duración del sistema soviético, puesto que no siempre disfrutó de un lugar consolidado ni de una fuerza como sí tenía en los últimos momentos de la URSS. Así, siguiendo la interpretación de Berelowitch, debe cuestionarse el propio concepto de élite en tiempos de Stalin. El poder omnímodo del líder colocaba todas las esferas del universo soviético bajo su designio, de modo que ningún escalafón de la estructura podía ser considerado como estable. Como ejemplo, valgan las numerosas purgas que Stalin llevó a cabo en la segunda mitad de los años 30, en las que fueron ejecutados gran parte de los principales líderes políticos, económicos y militares. Purgas realizadas con el claro objetivo de, por una parte, eliminar a cualquier dirigente soviético susceptible de rivalizar con Stalin por el poder, al tiempo que para crear toda una generación de nuevos cuadros políticos en el seno del Partido plenamente leales al líder, en tanto que le debían a él su ascenso en el escalafón. Este elemento, que no buscaba sino reforzar en extremo la fortaleza del liderazgo de Stalin, guarda similitudes con el proceso de consolidación del poder de Putin, si atendemos al mecanismo de generación de una elite que debe su carrera política al presidente y dejamos de lado el componente eliminacionista de las purgas estalinistas. Así pues, y como veremos más adelante en lo relativo al proceso de adaptación de las elites al nuevo escenario ruso, Putin favoreció a todo un conjunto de personas afines a él, los denominados por Kryshtanovskaya como *siloviki*, promocionándolos a puestos de relevancia política y económica. De este modo apuntalaba el proceso de fortalecimiento de la autoridad del Kremlin, algo que la propia autora rusa ha calificado como «sovietización»⁵. Sea como fuere, y volviendo al caso de las elites soviéticas en tiempo de Stalin, en tanto que los miembros de esta élite dependían del favor de una sola persona que decidía quién ascendía y quién caía en desgracia, con lo que ello acarrearba, podemos concluir que la estabilidad y el poder de la *nomenklatura* eran, en términos generales, algo bastante inconsistente⁶.

Pasada la época de Stalin, el poder de la *nomenklatura* se estabilizó y consolidó, dada la naturaleza del liderazgo de los sucesores del georgiano. Con la llegada al poder de Nikita Jruschov, el férreo control que había caracterizado la estructura de las elites estalinianas dio paso a un breve proceso de renovación de las mismas⁷. Un proceso que vino de la mano del ligero aperturismo experimentado por el régimen bajo el nuevo liderazgo, al tiempo que de la denuncia del periodo anterior hecha por Jruschov. Si bien, la fortaleza de este nuevo liderazgo no era la que había detentado Stalin, algo que redundó

⁵ Olga KRYSHANOVSKAYA: «The Russian Elite...», pp. 591 y 598.

⁶ Alexis BERELOWITCH: «Les élites politiques en Russie: changement et continuité», en Roberte BERTON-HOGGE y Marie-Agnès CROSNIER (eds.): *Ex-URSS: les Etats du divorce*, Paris, La documentation Française, 1993, p. 79.

⁷ Joel C. MOSES: «Who has led Russia? Russian regional political elites, 1954-2006», *Europe-Asia Studies*, 60-1 (2008), p. 13.

en el fortalecimiento de la *nomenklatura* como uno de los elementos más influyentes y poderosos del organigrama del poder soviético. Este fortalecimiento fue más allá aún tras la destitución de Jruschov en 1964, en lo que Poch-de-Feliu ha denominado un «golpe palaciego», puesto que la élite comenzó a autoconcebirse como la clase organizativa y dirigente del país ejerciendo, hasta la época de Gorbachov, una fuerte resistencia a cualquier intento de modernización económica que restase peso al Estado, por cuanto aquello atentaba directamente contra sus intereses⁸. Algo que repercutió también en el proceso de cierta renovación que habían experimentado las elites en la época de Jruschov, en tanto que el ascenso de Brezhnev puso fin a dicho proceso. Así podemos ver como las diferentes dinámicas de control del poder fueron tomando forma. Estas se estructuraban en torno al dominio de los cauces de ascenso a los diversos puestos del escalafón⁹, así como en torno al disfrute de una serie de privilegios que los diferenciaban claramente del resto de componentes de la sociedad. La *nomenklatura* constituía, por tanto, una élite organizada jerárquicamente, en la que se desactivaban todas las opciones de pertenencia a aquellos elementos exógenos al sistema de encuadramiento establecido. Una élite, en definitiva, caracterizada por el estatismo, la circulación interna controlada y un acceso restringido a través de un férreo dominio de los mecanismos de reclutamiento, que devino en una gerontocracia¹⁰.

Siguiendo la interpretación realizada por White y Kryshstanovskaya, la estructura de la *nomenklatura* soviética estaba dividida en catorce rangos. A la cabeza de todo el entramado se encontraba el Secretario General del Comité Central del PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética), seguido del Politburó y sus miembros y los secretarios del Comité Central. En el segundo escalafón, se situaba aquella élite cuyos puestos eran designados por el Politburó, es decir, secretarios del Partido en las repúblicas, a nivel del Comité regional y de las principales ciudades. Del mismo modo, se encontraban a este nivel los ministros de la Unión, la jerarquía militar, embajadores importantes y directores de órganos empresariales y de comunicación relevantes. Por debajo estaban los viceministros, secretarios menores y jefes de soviets regionales. Después se encontraban puestos cuya designación requería de autoridades cada vez menos relevantes dentro del aparato. En toda esta estructura, el principio de jerarquía era el principio rector por excelencia, con lo que se requería un ascenso estable a lo largo de todos los rangos para

⁸ Rafael POCH-DE-FELIU: *La gran transición. Rusia: 1985-2002*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 6-10.

⁹ En este sentido, resulta muy interesante acudir al estudio que elabora Joel C. Moses en torno a las dinámicas de circulación de las elites regionales soviéticas. En él podemos apreciar el modo en que estaba organizado el *cursus honorum*, a través del estudio del tiempo de permanencia en los distintos puestos de relevancia dentro de la estructura del poder político. Ver Joel C. MOSES: «Who has led Russia?...», en especial p. 8.

¹⁰ Olga Kryshstanovskaya y Stephen White: «Generations and the conversion of power in Postcommunist Russia», *Perspectives on European Politics and Society*, 3-2 (2002), p. 231.

alcanzar la cima de la élite soviética¹¹. Este ascenso implicaba una amplia movilidad geográfica y de especialidad, por lo que las carreras políticas comprendían destinos a lo largo de toda la Unión y en diversos sectores de poder. Del mismo modo, la *nomenklatura* tenía un sistema para evitar que el poder se transmitiese a través de lazos familiares. En esto la educación constituía una parte muy importante, puesto que los hijos de miembros de la élite eran educados en instituciones en las que se orientaba su formación a los asuntos internacionales, de modo que evitasen las áreas de poder en las que sus padres se habían desenvuelto. Este sistema resultaba ciertamente eficaz para mantener el poder en el Estado y en el Partido y no en individuos concretos, si bien en ciertos momentos se quebró, como en los años 80 con la llegada del hijo de Brézhnev, Yuri, y de su cuñado, Yuri Churbanov, al Comité Central, del que fueron expulsados en 1990¹².

Por otro lado, y tal y como hemos planteado anteriormente, la *nomenklatura* era beneficiaria de un sistema de privilegios, los cuales dependían directamente de su posición dentro de la escala jerárquica¹³. Estos consistían en mejoras en la calidad de vida debido a la posibilidad de acceso a productos no disponibles para el grueso de la población, así como, por ejemplo, a una red de clínicas especiales en las que la calidad y el desarrollo de los tratamientos médicos eran sensiblemente mayores a los del sistema sanitario público. Restaurantes exclusivos, dachas en retiros campestres, posibilidad de acceso a créditos estatales, eran solo algunos ejemplos de lo que comportaba la pertenencia a la *nomenklatura*, que explica, del mismo modo, el grado de resistencia frente a las reformas y el férreo sistema de control establecido en torno a los diferentes cauces de reclutamiento.

Por tanto, podemos concluir que, a partir de un cierto momento –identificado con la muerte de Stalin– las elites adquirieron un poder y una influencia muy grandes en el seno del sistema soviético. Algo que se tradujo en la existencia de un alto grado de cohesión entre ellas, en tanto que constituían una verdadera oligarquía que dominaba amplios resortes de poder, atendiendo a los factores de control a los que hemos ido refiriendo. Esta cohesión se vio amenazada con la llegada al poder del proyecto reformista de Gorbachov. Este hubo de hacer frente a un importante sector conservador en la cúpula del poder soviético, al que intentó contrarrestar ganándose el apoyo de la población mediante las reformas aperturistas en las áreas política y económica. El nuevo camino iniciado por Gorbachov fragmentó la unidad de las elites, entre aquellos que se mostraban partidarios del cambio y aquellos que preferían mantener el sistema como estaba. Una fractura que dio lugar a un progresivo distanciamiento del grupo dirigente que ejerció como factor determinante en la caída del régimen soviético.

¹¹ Olga Kryshnanovskaya y Stephen White: «From Soviet *nomenklatura* to Russian Elite», *Europe-Asia Studies*, 48-5 (1996), p. 714.

¹² *Ibid.*, pp. 714-715.

¹³ *Ibid.*, p. 715. También en Alexis BERELOWITCH: «Les elites politiques...», pp. 78-79.

LA ESTRUCTURA DE LAS ÉLITES EN EL PROCESO DE CAMBIO POLÍTICO

La Unión Soviética, a comienzos de la década de los años 80, se encontraba en una situación de profunda crisis económica e institucional, en la cual se veía un progresivo desmoronamiento de la estructura erigida 60 años antes. Tras el época de Leonid Brézhnev, la URSS estuvo presidida por dos efímeros mandatarios, como fueron Andropov y Chernenko, los cuales adoptaron una política continuista con respecto a lo que había sido el gobierno de Brézhnev, implementando toda una serie de reformas económicas sin contrapartida en el plano político. Dada la situación de crisis, que las políticas aplicadas en los últimos años no parecían sino empeorar, se decidió otorgar el poder a un representante de la siguiente generación de la élite soviética, Mijail Gorbachov, con el objetivo de que un largo mandato al frente del gobierno de la Unión otorgase la estabilidad necesaria para salir de la situación crítica en la que esta se encontraba. Gorbachov accedió a la Secretaría General del Comité Central del PCUS en marzo de 1985, emprendiendo sendas políticas de reforma, tanto en el aspecto económico (*perestroika*) como en el político (*glasnost*), que le enfrentaron, como ya hemos apuntado, con amplios sectores de las propias élites que configuraban el régimen, en tanto que la división latente en su seno acerca de la necesidad de reforma del sistema salió a relucir, siendo un factor que determinó enormemente el devenir de la URSS en los años subsiguientes. Gorbachov buscó el apoyo social a través del programa aperturista como medio para fortalecer su posición dentro de una cúpula dividida, si bien este proceso escapó del control de la dirigencia soviética y llevó, sumado a otros factores, a la disolución de la Unión. En este escenario, el objetivo es abordar los diferentes enfoques en torno a la problemática de la transición rusa con el fin de ver cómo se ha intentado determinar si las élites de la Federación son herederas de las élites del sistema soviético o si, por el contrario, ha tenido lugar un proceso de relevo en el seno de la clase dirigente, entendiéndose por esta no solo a aquellos individuos que ostentan cargos políticos, sino también a aquellos que cuentan con notables influencias en la política y la sociedad rusa, ya sea por su destacada posición económica o intelectual. Del mismo modo, resulta importante ver de qué manera han sido analizados los mecanismos por los cuales se ha producido esta conversión o adaptación al nuevo sistema, centrándonos de manera especial en el papel que jugaron tanto las élites como los movimientos sociales, con el fin de determinar dónde pudo situarse el motor del proceso de transición ruso.

LAS ÉLITES POLÍTICAS

Tal y como hemos planteado en diversas ocasiones en los apartados anteriores, uno de los elementos fundamentales que describen el proceso de cambio político en Rusia es la desunión de las élites soviéticas, la cual responde a varias cuestiones. En este sentido, autores que defienden diversos enfoques y aproximaciones a las realidades del proceso

de transición coinciden en señalar este hecho, como podemos ver en las interpretaciones tanto de Carlos Taibo o Robert Service, que defenderían una visión del proceso de cambio conducida fundamentalmente «desde arriba», como en las interpretaciones de Sonia Alonso o Elena Zdravomyslova, que enfatizan el aporte de los movimientos sociales como elementos notablemente influyentes en el devenir del cambio¹⁴. Esta desunión puede observarse en diversos momentos del proceso. Así, un factor clave resulta la actitud de los diferentes grupos de la élite con respecto al programa de reformas, el cual era innecesario para unos, excesivamente radical para otros, adecuado para un tercer sector e insuficiente para un cuarto¹⁵. Del mismo modo, la cohesión de las élites sufre una ruptura fundamental a nivel regional y al nivel de las repúblicas. Este proceso tendrá las consecuencias más graves para el futuro de la URSS, puesto que las élites republicanas ejercerán un efecto centrífugo muy importante que desgastará el poder central y la propia figura de Gorbachov. Un proceso que culminará, entre otros momentos importantes, en la firma del Tratado de Belovezh el 8 de diciembre de 1991 entre Rusia, Bielorrusia y Ucrania, por el que se declaraba la disolución de la Unión Soviética.

En primer lugar, considero importante analizar el factor de división en las élites centrales, siguiendo un esquema por el cual posteriormente se abordará el nivel regional, puesto que este factor permite que un nuevo grupo de dirigentes se haga con el poder, aprovechando la inestable situación en la dirigencia soviética. Así, las medidas adoptadas por Gorbachov no fueron del agrado de toda la *nomenklatura* soviética, dado que existían muchos grupos en su seno que no consideraban este proceso beneficioso, sino más bien contraproducente para sus intereses políticos y de estatus social. Siguiendo el estudio realizado por David Lane¹⁶, en el cual entrevista a una serie de dirigentes que tuvieron parcelas de poder entre el nombramiento de Gorbachov y el golpe de estado fallido en agosto de 1991, podemos ver que de un total de 116 encuestados, 46 tenían la percepción de que el sistema era básicamente sólido aunque necesitado de algunas reformas, mientras que, por otro lado, otros 46 creían que era un sistema fundamentalmente defectuoso, si bien también opinaban que las reformas podían haberse realizado dentro del marco existente. El resto, 23 entrevistados, percibían que el sistema era altamente

¹⁴ Como representantes del enfoque «desde arriba» estarían Carlos TAIBO: «La transición rusa y sus problemas» en Carmen GONZÁLEZ y Carlos TAIBO: *La transición política en Europa del Este*, Madrid, CEC, 1996, y Robert SERVICE: *Rusia, experimento con un pueblo...* Para un enfoque «desde abajo» ver Sonia ALONSO: *Élites y masas. Un análisis de la Perestroika y de las huelgas mineras*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas: Siglo XXI, 2000, y Elena ZDRAVOMYSLOVA: «Oportunidades y creación de marcos interpretativos en la transición a la democracia: el caso de Rusia», en Dough McADAM, John D. McCARTHY, y Mayer N. ZALD (eds.): *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Istmo, 1996.

¹⁵ La percepción de los líderes soviéticos respecto al programa de reformas ha sido estudiada por David Lane. Véase nota 17.

¹⁶ David LANE: «The Gorbachev Revolution: the role of the political elite in the regime disintegration», *Political Studies*, 44 (1996), pp. 4-23.

defectuoso y que necesitaba de una sustitución completa, mientras que solo 1 creía que la forma en que estaba organizada la URSS era la adecuada, con lo que tenía escasas necesidades de cambio¹⁷. Este estudio revela la profundidad de las divisiones en el seno de la élite dirigente soviética, lo cual hacía que cualquier proyecto de reforma se topase con la oposición de amplios sectores convirtiendo en algo muy difícil su aplicación. Y no solamente ocurría esto en el marco del poder central, dado que las reformas también enfrentarían oposiciones en el marco del poder regional, como veremos posteriormente.

En este contexto en el que la desunión impedía la aplicación efectiva de los programas de reforma, el poder central y la figura de Gorbachov estaban sufriendo un proceso muy fuerte de desgaste, en la medida en que no podían poner freno a los problemas que acuciaban al país. Este proceso fue aprovechado por los miembros pertenecientes al sector radical reformista para aumentar su presión. Miembros entre los que se contaba Boris Yeltsin, a cuyo afán por la transformación radical del sistema se le unía una enconada rivalidad política con Gorbachov, proveniente de cuando el Secretario General le desposeyó de sus cargos en 1987¹⁸. La voluntad del grupo dirigido por Yeltsin, que no debemos olvidar que era un miembro caído de la *nomenklatura* ya que había ocupado puestos de importancia tanto en Sverdlovsk como en Moscú, no era el hundimiento de las élites sino de las estructuras organizativas del Partido, algo que intentó con la ilegalización del PCUS tras el golpe de 1991. Sin éxito, pues el Tribunal Constitucional declaró nula esta medida poco después. Los reformistas radicales sabían muy bien del poder que tenían estas élites, puesto que seguían dominando amplios sectores de la administración¹⁹, tal y como había podido comprobar Gorbachov, y que podían utilizar ese poder para obstaculizar el proceso de transición. Y, del mismo modo, sabían de la necesidad de personal cualificado que ayudase a operar el proceso de cambio, de modo que la depuración resultaba altamente contraproducente²⁰. Así, el reciclaje de miembros de la antigua élite soviética en el nuevo sistema será una dinámica dominante del proceso, tanto que en la nueva estructura organizativa podremos ver evidentes similitudes entre los organismos recién creados y los antiguos, como por ejemplo entre el Consejo de Seguridad y el antiguo Politburó²¹. Un proceso estudiado por Kryshstanovskaya y White a través de una reveladora tabla estadística en la que se muestra la procedencia de las

¹⁷ David LANE: «The Gorbachev Revolution...», p. 19.

¹⁸ Robert SERVICE: *Rusia, experimento con un pueblo...*, p. 11.

¹⁹ La predominancia de elites de origen soviético en el ámbito administrativo es defendida por diversos autores como James HUGHES y Peter JOHN: «Local Elites and Transition in Russia: Adaptation or Competition?», *British Journal of Political Science*, 31-4 (2001), p. 679.

²⁰ Robert SERVICE: *Rusia, experimento con un pueblo...*, pp. 92-97.

²¹ Carlos TAIBO: «La transición rusa...», pp. 96-97. Al mismo tiempo, Hughes y John plantean que el modelo de concentración del poder implementado por Yeltsin, presidencialista y vertical, facilitó la adaptación y el mantenimiento de gran parte de la elite administrativa perteneciente al PCUS en la nueva Rusia. Ver James HUGHES y Peter JOHN: «Local Elites and...», p. 685.

élites de la época del gobierno de Yeltsin, concluyendo que, de media, el 69,9 % de los miembros que ocupaban puestos de influencia en aquél momento provenían de dentro del sistema soviético.

Reclutamiento de las élites yeltsinianas por sector (% , por columna)

	Altos dirigentes	Élite del Partido	Élite regional	Gobierno	Élite financiera	Media
a) De la <i>nomenklatura</i> como conjunto	75	57,1	82,3	74,3	61	69,9
b) De sub-élites sectoriales						
Partido	21,2	65	17,8	0	13,1	23,4
Komsomol	0	5	1,8	0	37,7	8,9
Soviets	63,6	25	78,6	26,9	3,3	39,5
Economía	9,1	5	0	42,3	37,7	18,8
Otros	6,1	10	0	30,8	8,2	11

Fuente: Olga Kryshstanovskaya y Stephen White²².

Por tanto, vemos como la mayoría de autores apuntan que este proceso de reciclaje supuso el mantenimiento de la *nomenklatura* soviética en el nuevo estado ruso, si bien algunos hacen especial hincapié en que no fue un mantenimiento como tal. Así, White y Kryshstanovskaya²³ defienden que se trató más bien del ascenso a la primera línea de toda una serie de miembros de la élite procedentes de la segunda fila de la política. De este modo, en el nuevo escenario de disolución de la URSS y formación de la Rusia democrática, estos miembros «de segunda fila» adquirieron los puestos de mayor relevancia.

Una de las estrategias que Yeltsin empleó, una vez fue elegido presidente de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR) en junio de 1991, para socavar la autoridad de Gorbachov y del gobierno central de la URSS fue espolear las demandas autonómicas y nacionalistas de las diferentes repúblicas y regiones que componían la Unión. Así, enlazamos con el otro elemento que hemos planteado al comienzo, la división de las élites a nivel regional y republicano. Al igual que cuando nos hemos referido

²² Olga KRYSHSTANOVSKAYA y Stephen WHITE: «From Soviet *nomenklatura*...», p. 729.

²³ *Ibid.*, p. 729.

a la falta de cohesión en las élites del gobierno central, la gran mayoría de los autores coinciden en que se produjo, en palabras de David Lane, «una falta de congruencia entre las élites republicanas y centrales», es decir, una segmentación de las mismas²⁴. Por tanto, parece claro que los intereses de las élites regionales y de las élites centrales discurrían por caminos separados, aunque los motivos respecto a por qué se dieron estas dinámicas de cambio varían en función de los autores a los que recurramos. En un contexto de disolución del sistema soviético, las élites regionales, al igual que las élites centrales, tenían por objetivo buscar una serie de mecanismos y fórmulas a través de los cuales poder adaptarse al nuevo sistema que estaba por venir, pero donde difieren las diversas interpretaciones es en los creadores de estos mecanismos. Así, aquellas teorías que defienden una transición pilotada por las élites, plantean que fueron las propias dinámicas internas de la lucha por el poder entre estas las que crearon los marcos propiciatorios para que se adaptasen al nuevo sistema manteniendo sus cuotas de poder, a través del recurso a las reivindicaciones de mayor autonomía regional. Esto mismo sucedería en el escenario de las repúblicas en las que surgieron reivindicaciones nacionalistas de corte independentista, en la cuales los movimientos populares se habrían subordinado a la dirección de figuras políticas de las élites regionales, las cuales aprovecharían la fuerza del nacionalismo para asegurar su posición de futuro como líderes del mismo y, de este modo, pasar a la primera línea de la política²⁵.

Por el contrario, aquellas interpretaciones que adoptan una perspectiva «desde abajo», resaltan la importancia de los movimientos sociales como factor decisivo en el fomento de la desunión de las élites y como generadores de los citados mecanismos de adaptación. Así, siguiendo el estudio que elabora Sonia Alonso respecto a las huelgas mineras en los años de la *perestroika*, la propia dinámica de la protesta habría generado las oportunidades políticas que fomentaron el enfrentamiento de las élites regionales con Moscú. En este sentido, los malos resultados obtenidos por las candidaturas del PCUS en la convocatoria electoral semi-libre habrían hecho temer a los miembros de la élite la pérdida de sus posiciones de poder en la próxima convocatoria electoral, esta ya sin asientos fijos reservados para el Partido, si seguían obviando la voluntad de las masas populares, de modo que habrían optado por convertirse en los defensores de los intereses de los mineros frente a Moscú, puesto que además del apoyo social, esto les otorgaba una mayor autonomía sobre el control de los recursos regionales²⁶. Este modelo de acción-reacción lo defiende Zdravomyslova en su estudio acerca de la actuación de los movimientos sociales en la *perestroika*. Así, el ciclo de protesta inicial de estos habría

²⁴ David LANE: «The Gorbachev Revolution...», pp. 15-16.

²⁵ *Ibid.*, pp. 13-16. También en Carlos TAIBO: *Historia de la Unión Soviética: 1917-1991*, Madrid, Alianza Editorial, 2010, p. 304, y en Neil J. MELVIN: «The consolidation of a new regional elite: the case of Omsk, 1987-1995», *Europe-Asia Studies*, 50-4 (1998), pp. 619-650.

²⁶ Sonia ALONSO: *Élites y masas...*, pp. 126-128.

sido de tanteo, buscando el enfrentamiento con las autoridades para así deslegitimar a estas y aparecer los movimientos sociales como víctimas del sistema. Las autoridades, ante el creciente número de conflictos, se vieron obligadas a crear marcos legales para la celebración de actos de la oposición (teniendo en cuenta el contexto aperturista que representaban la *perestroika* y la *glasnost*), lo que espoleó a estos grupos para incrementar sus protestas, debido a la constatación del escaso coste que tenía la acción colectiva, algo que también hicieron los mineros de la Cuenca de Kuzbass²⁷.

En conclusión, vemos como existe un consenso generalizado en torno a que las elites políticas del sistema soviético sufrieron una ruptura interna con la llegada al poder del liderazgo reformista de Gorbachov. Esta fragmentación de la jerarquía del PCUS en 1990 hizo que la pirámide única de poder se desintegrara en una multitud de pirámides que competían entre sí, tal y como plantea Pete Glatter. Fragmentación ejemplificada en la pugna Gorbachov-Yeltsin y que influyó de manera decisiva la configuración del poder político en la nueva Rusia. De este modo, para el caso que estudia Glatter, la tradicional subordinación de los *okruga* –distritos autónomos– de Yamalo-Nenets y Khanty-Mansi la autoridad del *oblast* –región– de Tyumen se vio alterada por la aparición de conflictos entre las distintas elites de la región, algo que no se debió tanto a cambios en su composición –estas presentan dinámicas continuistas respecto al periodo soviético– sino al cambio de régimen²⁸. Unos conflictos entre elites en los que también influyeron de manera decisiva las estructuras de las redes de poder que construyeron para sustentarse²⁹.

Del mismo modo, hemos observado cómo los distintos autores coinciden a la hora de establecer que en el ámbito político tuvo un lugar un proceso de adaptación de las viejas elites soviéticas al nuevo escenario político ruso, si bien algunos apuntan que esta adaptación implicó la sustitución de la cúpula de la *nomenklatura* soviética por miembros de la élite que procedían de la segunda línea de la política. Este proceso habría tenido especial significancia en las repúblicas del Este de Europa³⁰, aunque estos autores defienden que aconteció de manera general en todos los territorios de la extinta Unión Soviética. Así, fue la disolución de la macroestructura soviética la que permitió que aquellas elites que se encontraban en puestos de segunda fila ascendiesen a la primera línea política, tanto a través de la conversión a los movimientos nacionalistas como a través de la reorganización interna de las nuevas entidades nacionales emergentes, como fue en el caso ruso mediante

²⁷ *Ibid.*, pp.369-370. También en Elena ZDRAVOMYSLOVA: «Oportunidades y creación...», pp. 192-193. A esto se opondría, haciendo referencia expresa a las huelgas mineras del Kuzbass que estudia Alonso, Robert SERVICE: *Rusia, experimento con un pueblo...*, p. 370.

²⁸ Pete GLATTER: «Continuity and change in the Tyumen' Regional Elite 1991-2001», *Europe-Asia Studies*, 55-3 (2003), pp. 415-416.

²⁹ Andrew D. BUCK: «Elite networks and worldviews during the Yel'tsin years», *Europe-Asia Studies*, 59- 4 (2007), p. 659.

³⁰ Carlos TAIBO: *Historia de la...*, p. 330.

la promoción de ciertas élites regionales hacia el nivel de la política nacional. Por otro lado, hemos observado también como las distintas interpretaciones sobre el proceso han señalado orígenes muy diferentes para esas dinámicas de cambio en las élites. El aporte de la perspectiva de los movimientos sociales ha servido para obtener una visión de conjunto mucho más ajustada a la compleja realidad del proceso, si bien, en el caso ruso, no puede determinarse, en mi opinión, un peso decisivo de la presión «desde abajo». Las protestas sociales tuvieron, sin duda, su importancia, pero de ellas no emergieron élites alternativas ni una nueva clase política³¹. La creación de oportunidades políticas, tal y como planteaba Alonso, fue utilizada como mecanismo de adaptación y supervivencia de las élites, pero muy pronto los procesos electorales se transformaron en un sistema de mantenimiento de las influencias y esferas de poder de esas élites, alejados de la voluntad popular, tal y como plantea Melvin³². Por tanto, el proceso global consistió en una liberalización de las élites soviéticas, cuyo testigo lo tomaron élites republicanas, que se encontraban en la segunda línea de la política, a cuyas figuras apoyaron las masas y los grupos opositores al sistema, mientras que, por otro lado, las élites regionales, también alejadas de la primera línea política en tiempos soviéticos, fortalecieron su poder y consolidaron sus intereses a través de las demandas de autonomía y de su pugna con Moscú, en el caso ruso³³.

LAS ÉLITES ECONÓMICAS

Durante la época soviética, la élite dirigente del país, como hemos comentado anteriormente, era unitaria y abarcaba todos los sectores de poder en el Estado. Así, la política, la economía, la administración o la cultura estaban férreamente dominadas por la *nomenklatura*. Esta élite, como tal, disponía de toda una amplia gama de privilegios, diferenciados en función de la posición de cada uno de los *nomenklaturshchiki*, que iban desde el acceso a bienes de consumo de alta calidad, hasta una red sanitaria privada o un sistema educativo elitista. Pero la llegada al poder de Gorbachov y su programa de reformas vino a acabar con todo este entramado de privilegios, toda vez que se entendía desde muchos sectores reformistas que el disfrute de los mismos constituía una prueba clara de la deriva que había adoptado el sistema comunista, a la cual se disponían a poner freno. Así, la *nomenklatura* vio que las reformas ponían seriamente en peligro no solo su futuro político, sino también su privilegiado modo de vida, de manera que buscaron transformar los citados privilegios derivados de su posición en privilegios emanados de la posesión de propiedad privada, aprovechándose de una de las medidas más importantes del programa reformista de Gorbachov³⁴.

³¹ Alexis BERELOWITCH: «Les elites politiques...», pp. 84 y 89.

³² Neil J. MELVIN: «The consolidation of a...».

³³ Graeme J. GILL: *The dynamics of democratization: elites, civil society and the transition process*, Basingstoke, Macmillan, 2002, pp. 209-211.

³⁴ Olga KRYSHANTANOVSKAYA y Stephen WHITE: «From Soviet *nomenklatura*...», p.716.

Este proceso de adquisición fraudulenta de propiedad privada por parte de las élites, en paralelo al avance de la economía mafiosa, se realizó mediante el uso de los privilegios de los propios miembros de la *nomenklatura*. Así, los miembros de la élite se enriquecieron de forma ilegal a través de las ventajosas condiciones que tenían en la obtención de créditos por parte del Estado, y a través de la utilización de los recursos estatales en su propio beneficio. En este sentido, uno de los principales organismos que actuaron como factor de privatización fundamental en este proceso fue el Komsomol, la organización juvenil del PCUS. De hecho podemos ver, según Robert Service, como un número considerable de los futuros hombres de negocios que en la década de los años 90 dominaron la economía rusa surgieron de aquí, como Mijail Jodorkovski³⁵, tesis que cuestionan Hughes y John en base a su estudio sobre la procedencia de las élites locales de Novosibirsk³⁶, en las que ninguno de sus miembros procedía del Komsomol. Siguiendo la tesis de Service, esto puede interpretarse como un factor de continuidad de las élites económicas, pudiendo aplicarse nuevamente el planteamiento de que son élites de segunda fila las que adquieren la primacía en el nuevo Estado ruso, y no élites alternativas procedentes de fuera del sistema. Por el contrario, Hughes y John plantean que entre el 46,6% de las élites de Novosibirsk, porcentaje correspondiente a las de tipo económico, la mayoría de sus componentes procedía de fuera del sistema, lo que introduciría un factor renovador en la elite dominante³⁷. Sea como fuere, a través de sus posiciones de privilegio los miembros de la *nomenklatura* obtuvieron ventajas fiscales, las cuales se potenciaban al salir de la URSS, puesto que los precios estaban regulados por el propio mercado a diferencia de lo que sucedía en la Unión. De este modo, una vía de enriquecimiento de las élites fue mediante el establecimiento de empresas conjuntas, con capital extranjero y financiadas en muchas ocasiones con el dinero del PCUS, que habían obtenido de organismos como el citado Komsomol³⁸. Estas empresas, por ejemplo, se dedicaban a la importación y exportación de materias primas, obteniendo márgenes de beneficio muy amplios al comprar los productos a «precios soviéticos» y luego revenderlos en el mercado internacional, en el cual su valor era mucho más elevado. La diversificación de los sectores en los que se desarrollaron este tipo de prácticas económicas alcanzó a todas las áreas productivas de la Unión, como el mencionado sector de las materias primas, el sector energético o el sector bancario. Este último fue especialmente importante en tanto que, por ejemplo, las empresas recientemente privatizadas podían obtener créditos de los bancos a muy bajo interés en divisas extranjeras, recolocarlos en el mercado internacional en función de los intereses que allí se pagaban y, posteriormente, devolverlos al banco que lo

³⁵ Robert SERVICE: *Rusia, experimento con un pueblo...*, p. 346.

³⁶ James HUGHES y Peter JOHN: «Local Elites and...», p. 684.

³⁷ *Ibid.*, p. 679.

³⁸ Robert SERVICE: *Rusia, experimento con un pueblo...*, p. 348.

había prestado, obteniendo en todo el proceso jugosos beneficios³⁹. Así, vemos como muchos de los miembros de la élite económica de la Rusia post-soviética comenzaron a amasar sus fortunas en los últimos años de la década de los 80, aprovechándose de las ventajas que les ofrecía el sistema económico soviético⁴⁰. Este primer proceso de privatizaciones, que había comenzado en torno a 1987, terminó antes de que pudiera establecerse un programa eficaz por el cual extender la propiedad privada a toda la sociedad, síntoma de la rapidez con la que los miembros de la *nomenklatura* se apresuraron a consolidar sus posiciones de poder frente a la incertidumbre de los cambios que se avecinaban⁴¹.

La llegada al poder de Yeltsin vino acompañada de la inclusión en el gobierno, en su área económica, de un grupo de jóvenes economistas, tecnócratas, algunos de los cuales, los más, procedían de dentro del sistema, como Yegor Gaidar, que había sido militante del PCUS y director del su órgano de expresión *Kommunist*, mientras que otros provenían de sectores ajenos al sistema, como Anatoli Chubais, que procedía de los grupos informales (grupos de oposición y crítica surgidos al calor de la *perestroika* y la *glasnost*)⁴². Estaban destinados a capitanear las reformas económicas por las que Rusia, una vez convertida en Estado independiente tras la disolución de la URSS, debía transformarse en una economía de mercado capitalista. Pero las medidas que implementaron, al igual que había sucedido en el periodo de la *perestroika*, no lograron su objetivo de extender la propiedad privada, sino que sirvieron para que aquellos que controlaban el poder y la economía se hiciesen con mayores cuotas de los mismos a precios ridículos, así como para que los inversores extranjeros desmantelasen una gran parte de los activos productivos de Rusia.

Una de las medidas que se tomaron para lograr la privatización de toda la propiedad en manos del Estado fue la subasta pública de los comercios y las empresas, lo que se encontró con las protestas de muchos de los trabajadores de las mismas. Estos veían con incertidumbre su futuro en manos de nuevos propietarios, y pidieron que su propiedad se transfiriese a manos de los trabajadores, en lo que puede observarse una rémora de la concepción soviética de la posesión de bienes⁴³. En un intento por paliar esta situación, Chubais apostó por la idea de privatización que había expuesto ya anteriormente el economista ruso Vitali Naishul, por la cual dio la opción a cada ruso de comprar cheques con el fin de ser invertidos en la compra de acciones. Esta medida iba destinada a

³⁹ Olga KRYSHANTANOVSKAYA y Stephen WHITE: «From Soviet *nomenklatura*...», pp. 717-720.

⁴⁰ Roy MEDVEDEV: *La Rusia post-soviética*, Barcelona, Paidós, 2004, pp. 168-169.

⁴¹ Olga KRYSHANTANOVSKAYA y Stephen WHITE: «From Soviet *nomenklatura*...», p. 720.

⁴² Robert SERVICE: *Rusia, experimento con un pueblo...*, p. 11.

⁴³ David E. HOFFMAN: *Los Oligarcas: poder y dinero en la nueva Rusia*, Barcelona, Mondadori, 2003, pp. 196-200.

cumplir dos objetivos: extender la sensación de participación en la empresa de privatización, aplacando así las protestas, y poner trabas a la adquisición de un gran número de propiedades por parte de la vieja *nomenklatura*⁴⁴. Pero su aplicación representó un enorme fracaso para el gobierno de Yeltsin, que conllevó la destitución del propio Gaidar y la sustitución de su radical programa de reformas por uno más lento y gradual defendido por el denominado «grupo industrialista». Así, grandes parcelas industriales y empresariales del Estado siguieron pasando de un modo ilegal a manos de la vieja élite soviética, como por ejemplo el complejo industrial-militar (el cual componía el grueso del «grupo industrialista»), que adquirió cada vez más presencia en el Estado ruso⁴⁵. Del mismo modo, el programa de vales para su inversión en la compra de acciones generó todo un mercado paralelo de estafas que llevó a la ruina a una gran parte de los inversores. Surgieron una serie de fondos de inversión que prometían rendimientos altamente beneficiosos, siendo realmente estafas piramidales que engulleron los ahorros de muchos rusos, sin que las posteriores sentencias judiciales les devolviesen el dinero. Del mismo modo, los vales fueron utilizados como moneda especulativa por parte de inversores extranjeros para hacerse con el control de un gran número de grandes empresas, muchas veces en connivencia con los directores de las mismas en época soviética (los llamados «directores rojos»), por un valor notablemente inferior al real, de modo que les resultó más barato desmantelarlas que invertir en su modernización, algo totalmente opuesto al objetivo que los economistas de Yeltsin se habían marcado⁴⁶.

En conclusión, podemos determinar que las élites del viejo sistema soviético hicieron un uso generalizado de las privatizaciones ilegales como mecanismo de supervivencia con el que mantener su privilegiada posición en el nuevo Estado, algo en lo que concuerdan la gran mayoría de los autores. Del mismo modo, hemos apuntado algunos aspectos relativos a la procedencia de buena parte de las actuales elites económicas, si bien existen enfoques confrontados a este respecto. Por un lado, Hughes y John plantean, a través de su estudio en Novosibirsk, que la mayoría de los miembros de la elite económica procedían de posiciones ajenas al sistema, si bien algunos de ellos sí que habían pertenecido a la burocracia soviética. Algo que vendría a significar un elemento de renovación en las elites si tenemos en cuenta el gran peso del ámbito económico en la configuración de las estructuras de poder de la Rusia actual. Por otro lado, autores como Robert Service defienden que muchos de los personajes que hoy en día dominan la política económica rusa procedían de posiciones secundarias dentro del sistema soviético, como era el ya mencionado Komsomol, y que durante el periodo de la *perestroika* y el gobierno de Yeltsin fueron alcanzando puestos de gran influencia en el sector económico, algo que en Rusia está intrínsecamente ligado al sector político. En este proceso, las viejas élites

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 206-208.

⁴⁵ Carlos TAIBO: *Historia de la ...*, p.332. También en «La transición rusa ...», pp. 96 y 125.

⁴⁶ David E. HOFFMAN: *Los Oligarcas...*, pp. 212-259.

económicas comunistas de primera línea habrían quedado desplazadas a sectores como el industrial-militar, desde el cual seguirían ejerciendo una gran influencia merced a los diversos conflictos bélicos que ha afrontado la Federación Rusa en la década de los 90, especialmente el de Chechenia⁴⁷.

A su vez, hemos visto como el periodo reformista de Gorbachov y los primeros años de Yeltsin permitieron el enriquecimiento de un gran número de estos hombres de negocios a costa de la depredación de los recursos e infraestructuras del estado. Algo que posibilitó la generación de una oligarquía económica con amplias influencias a nivel político, tal y como demuestran los estudios realizados por Glatter en el *oblast* de Tyumen. En esta región, una mayoría abrumadora de la elite dirigente tiene vínculos con las industrias del gas y el petróleo, las cuales detentan un amplio poder debido a la enorme cantidad de recursos energéticos de los que dispone el *oblast*. Unos vínculos que influyeron de manera decisiva en la elección como gobernador, contra todo pronóstico al inicio de la campaña, de Sergei Sobyenin, el cual contaba con el apoyo de las principales corporaciones energéticas que operaban en la región, como Lukoil, Gazprom, Transneft, Surgutgazprom o Surgutneftegaz⁴⁸.

Por tanto, en mi opinión es correcto plantear la existencia de dinámicas continuistas en el plano de las élites económicas, surgiendo una clase muy influyente, hasta el punto de controlar en gran medida amplios resortes de la política actual⁴⁹. Si bien es cierto que estas dinámicas son matizables en tanto que es necesario ponderar la importancia de los grupos informales. En un estado como el ruso en el que no existe una separación formal de poderes y donde la tendencia conduce hacia el autoritarismo en vez de hacia la democracia, estos grupos –entre los que encontramos camarillas, clanes o clientelas– juegan un papel decisivo en el control de los resortes del poder político y del poder económico⁵⁰, que a fin de cuentas no es sino un parte esencial del anterior.

CONCLUSIÓN

Una de las interpretaciones que se han elaborado acerca de las reformas llevadas a cabo por Gorbachov durante la *perestroika* apunta a que el objetivo de las mismas era el mantenimiento de una parte considerable del sistema soviético y de los privilegios

⁴⁷ En este sentido, destaca el enorme peso que las elites de origen militar han alcanzado bajo el gobierno de Vladimir Putin. Olga Kryshtanovskaya calcula que en torno a 2008 el 42% de la elite federal tendría esta procedencia, si bien apunta a que este porcentaje podría ser aún mayor. Ver Olga KRYSHATANOVSKAYA: «The Russian Elite...», pp. 595-596.

⁴⁸ Pete GLATTER: «Continuity and change...», p. 423.

⁴⁹ Alexis BERELOWITCH: «Les elites politiques...», p. 89. También en Olga KRYSHATANOVSKAYA y Stephen WHITE: «From Soviet *nomenklatura*...», p. 723.

⁵⁰ Olga KRYSHATANOVSKAYA: «The Russian Elite...», p. 591.

de los que disfrutaba la burocracia, rechazando la imagen del Secretario General como líder reformista trabado por los sectores más conservadores del Partido. Por otro lado, otro planteamiento apunta a que las reformas de Gorbachov estaban encaminadas al establecimiento de un modelo de Estado similar al de los países occidentales, es decir, con una economía capitalista de mercado y un sistema político democrático, apostando claramente por una ruptura con el viejo orden. Pero, dada la radicalidad de las mismas, Gorbachov habría optado por moderar sus propuestas, recubriéndolas, del mismo modo, por una retórica socialista que hiciese más fácil su asimilación⁵¹. Sea como fuere, ambas interpretaciones coinciden en el peso prácticamente nulo de los movimientos sociales en la dirección que tomó el proceso. Por su parte, otro grupo de interpretaciones, tal y como hemos planteado anteriormente, resaltan la influencia que el ciclo de protesta popular tuvo en el devenir del cambio político, por cuanto creó oportunidades políticas que influyeron a las élites en la toma de decisiones fundamentales. Así, movimientos como la Unión Democrática o el Frente Popular de Leningrado habrían creado una serie de culturas políticas identitarias de corte democrático que influyeron ampliamente en la configuración del modelo simbólico de la democracia rusa en tanto que, por ejemplo, el fervor anticomunista de la época yeltsiniana, que llegó a calificar el sistema soviético (del que él había formado parte activa durante mucho tiempo) como «experimento cruel» y «régimen totalitario»⁵², tendría relación con la política desplegada por los movimiento democráticos radicales como la UD, tal y como plantea Zdravomyslova⁵³.

En mi opinión, no podemos centrarnos en una visión monolítica del proceso de cambio político en Rusia, puesto que existen distintas realidades que debemos aprehender a la hora de conformar una visión de conjunto de todo el proceso. Es cierto que el peso de los movimientos sociales en la transición rusa fue menor que en otros casos, como pudiera ser el polaco a través del sindicato Solidaridad. Así, coincidiendo con lo planteado, entre otros, por Berelowitch, y que ya he citado antes, no se produjo la aparición de élites alternativas, en el ámbito político, surgidas de los movimientos de oposición al sistema (al menos no de manera generalizada, puesto que sí podemos constatar aportes minoritarios de sectores exógenos al mismo), sino que aconteció un proceso de adaptación de estas al nuevo Estado ruso. Un proceso que otros autores llevan más allá, al defender una modificación jerárquica dentro de la vieja *nomenklatura* por la cual, debido a la desaparición de una entidad supranacional como era la URSS, aquellas élites que, hasta el momento, habían tenido un rol secundario, fueron haciéndose con el control de la primera línea de la política, ya fuese a través de las reivindicaciones nacionalistas o, como en el caso ruso, a través de su incorporación al sector reformista radical comprometido, al menos retóricamente, con la democracia. De un modo semejante

⁵¹ Carlos TAIBO: *Historia de la ...*, pp. 285-287.

⁵² Robert SERVICE: *Rusia, experimento con un pueblo...*, p. 27.

⁵³ Elena ZDRAVOMYSLOVA: «Oportunidades y creación...», pp. 200-201.

habría sucedido en el sector económico, en el que a través del proceso de privatizaciones masivas y fraudulentas, las viejas élites mantuvieron sus privilegios, ahora garantizados gracias al poder de las propiedades que habían «obtenido». El aporte de sectores ajenos al sistema fue más notable en el ámbito económico, si atendemos a los diversos autores –especialmente Hughes y John–, sobre todo a través de los grupos informales articulados por las élites intelectuales (que posteriormente no tuvieron más que un peso marginal en el nuevo Estado ruso) que nutrieron de tecnócratas el gobierno de Yeltsin⁵⁴, si bien no puede decirse que estos grupos constituyesen una verdadera oposición frontal al sistema, al menos no los de corte económico. Ahora bien, también es cierto que el ciclo de protesta de los movimientos sociales generó una serie de marcos de oportunidad para las élites, tanto políticas como económicas, sobre todo en el ámbito republicano y de las regiones. De este modo, la presión ejercida por los grupos sociales podría haber sido un factor que coadyuvase a potenciar las dinámicas de sustitución de las viejas élites por generaciones más jóvenes, por las cuales los procesos de continuidad sobre los que hemos intentado arrojar luz en este trabajo se llevaron a cabo. Al mismo tiempo, no creo que pueda hablarse, tal y como plantean Taibo o Service, de un proceso de cambio político exclusivamente articulado «desde arriba», puesto que eso supondría dejar de lado la importante influencia de la protesta social. Pero, del mismo modo, tampoco considero que deba ponerse el foco en estos movimientos «a ras de suelo», puesto que su fuerza no se mantuvo el suficiente tiempo como para haber ejercido el peso director en el proceso.

Esta dificultad a la hora de encontrar un enfoque que permita explicar con la precisión adecuada la complejidad del proceso de cambio político en Rusia quizá se deba, en parte, al escaso desarrollo de uno de los conceptos clave, el concepto de elite, algo que apunta Andrew Buck. En este sentido, una mayor incidencia en la definición de dicho concepto permitiría alumbrar dinámicas que hasta el momento habrían pasado desapercibidas, al no haberse estudiado el proceso con la suficiente precisión⁵⁵. En la misma línea se sitúan Hughes y John, que apuestan por la incorporación de toda una serie de factores, como la edad, la posición en el partido o el proceso de socialización horizontal entre miembros de las elites, que permitirían dotar a los análisis de una mayor complejidad, huyendo de la dicotomía de élites viejas y nuevas, políticas y económicas⁵⁶. Del mismo modo, resultaría interesante abordar de una manera más exhaustiva toda la amalgama de conflictos entre las elites que han ido surgiendo en la conformación de la Rusia democrática, en tanto que podría servir para alumbrar dinámicas de cambio y continuidad diferentes a las esperadas. Como, por ejemplo, las que Glatter plantea en su análisis de las elites en Tyumen, ya citado antes, las cuales presentarían continuidades en su composición con respecto al periodo soviético, pero diferencias entre ellas debido

⁵⁴ Alexis BERELOWITCH: «Les elites politiques...», p. 89.

⁵⁵ Andrew D. BUCK: «Elite networks and...», p. 645.

⁵⁶ James HUGHES y Peter JOHN: «Local Elites and...», p. 683.

a la modificación de la estructura jerárquica de dominio en la región. En definitiva, el futuro de los estudios acerca de la transición rusa parte de la necesidad de elaborar herramientas de análisis que nos permitan una mayor precisión a la hora de aproximarnos a las distintas realidades del proceso, al tiempo que de la voluntad de los investigadores de renovar los enfoques y de, quizá, hacer un mayor uso de la perspectiva transnacional, a raíz de los buenos resultados interpretativos que los nuevos enfoques historiográficos están aportando en, por ejemplo, el estudio de la transición española. Algo que, sin embargo, deberá tener en cuenta el resultado del proceso global en Rusia, el cual no puede considerarse, en tanto que transición a la democracia, como exitoso. No hay más que ver el estado de la política rusa actual, en la que la apatía y el desinterés son la nota dominante, para darnos cuenta de las notables diferencias que el nuevo estado ruso tiene con la mayoría de democracias hoy existentes en el mundo, en las cuales la participación social, si bien no es en todos los casos elevada, tiene una relevancia que no se ha alcanzado en Rusia en los 20 años que lleva como Estado democrático.